

VERANO

El verano se ha convertido en la estación mas deseada e ilusionante del año. Ello se debe, con independencia de las condiciones propicias que ofrece para las andanzas y aventuras viajeras, a la costumbre, hecha ya norma social, de disfrutar en ella las vacaciones. Durante el resto del año, agobiados por las crecientes tareas, acuciados por problemas irresueltos, urgidos por impaciencias ajenas y prisas propias, nuestros nervios se tensan como cuerdas de guitarra hasta el límite de la rotura. Las obligaciones ocupan todo el tiempo y sólo quedan horas para el sueño entrecortado y poco reparador y el seudodescanso inquieto e incómodo del fin de semana.

Todo lo que nos atrae o gusta, como vagar sin rumbo por los rincones de la ciudad en noche estrellada, caminar por escondidos senderos, escuchar música, especialmente aquella que nos trae recuerdos sugestivos, volver al diálogo de la lectura con viejos autores amigos o adentrarnos en el último libro del escritor de moda, pasar la tarde en el café del barrio, jugando al dominó con la antigua pandilla, arreglar el grifo que gotea, el enchufe o el cacharro averiados del hogar, ir al cine por la noche con la mujer, como chavales, a semejanza de otros días irrepetibles en los que descubrimos, o inventamos, el amor, como nuevos Dante y Beatriz, Romeo y Julieta y tantas otras parejas célebres...; en fin, todo lo que nos hace humanos y nos daría sencilla felicidad, lo vamos dejando para el verano, para los días de vacaciones durante las que, pensamos, seremos nosotros y no la máquina que escribe, calcula, diseña, programa, proyecta, analiza, sin pausa ni término; para los días de descanso real, libres de preocupaciones y de exigencias, con la mente despejada, limpia, abierta, con capacidad receptora para todo el ancho y extenso mundo y sus gentes, para todo lo que tiene validez propia y no circunstancial, como ocurre de forma cotidiana.

Sucede, sin embargo, llegado ese ansiado momento, que todo se complica. Parece como si un diablo mala uva (la verdad es que si no tuviera mala uva, no sería diablo) nos persiguiera incasable y tenaz, sembrando de clavos el camino a recorrer y de obstáculos nuestros proyectos. El jefe, ese ser impertinente e inoportuno que tanto nos fastidia y exige, recomienda, autoritario, la conveniencia de retrasar el descanso, a causa de problemas surgidos. ¡Hala! La parienta, los chicos, la suegra, la chacha y el perro tendrán que marchar solos en tren hasta el pueblecito de la costa, pues no es cosa de desaprovechar el dineral pagado por el alquiler del piso.

Después de unos días de trabajo intenso, de malhumor y bocadoillos, consigues empezar las vacaciones y llegar, por fin y con retraso, a la costa, después de kilómetros y kilómetros de caravana, mas nervioso que nunca, maldiciendo al jefe, a los problemas y a los atascos. Y no mas subir al piso, te encuentras con que te estaban esperando para ir al médico porque la niña tiene insolación, el pequeño gastroenteritis y la suegra se ha quemado a causa de su imprudencia por adquirir, de manera rápida, el moreno de moda. Y ya todo es una cadena de desastres, de carreras alocadas, de ir y venir incesante: de las rebajas al mercadillo, del copo, en busca de pescado fresco, a la panadería, de la lavandería a la botica, de casa a la playa y viceversa, y si te detienes a tomar un tinto de verano en el chiringuito, que no piensas nada mas que en ti, que siempre estás bebiendo, que no cuidas a los chicos, que parece mentira cómo tratas a la madre de tu esposa y otras recriminaciones por el estilo.

Y llega la noche, gracias a Dios. Es la hora de coger el libro y de escuchar las tan deseadas grabaciones musicales. ¡Que te crees tú eso! Aquí hemos venido para salir y ver, no para encerrarnos entre cuatro paredes. Cola en el servicio, en la ducha y cuando todo el mundo está preparado, a caminar. La verdad que no es tan mal programa. Un paseito cerca del mar, contemplando la luna que, como dijo el poeta, "riela" en sus quietas aguas, siempre es bonito y romántico. ¡Quíá! Al centro, a la aglomeración, a ver escaparates, a descubrir caras populares y de la prensa del corazón, todas tan sencillamente compuestas y tan naturales en su forzadas

sonrisas! La niña se cansa, hay que cogerla en brazos y cuando, agotado, llegas al piso y te dejas caer en el sillón , no puedes evitar cerrar los ojos, victima de un sopor irresistible...

Y así un día tras otro, todos interminables, todos agotadores. Cuando,acabadas las tan soñadas vacaciones, regresas al despacho, al taller o a la oficina, desde lo mas hondo de tu dolorido y cansado cuerpo, con toda tu alma, exclamas: ¡ Por fin en el trabajo! ¡ Qué felicidad!